

(Transcripción)

Rocca di Papa, 5 de mayo de 1981

La voluntad de Dios según la espiritualidad del Movimiento de los Focolares

Chiara Lubich en un congreso ecuménico

(1ª parte)

[...]

En este congreso nuestro se va a tratar un tema: la voluntad de Dios. Tengo que exponer cómo se vive la voluntad de Dios en el Movimiento de los Focolares. Por lo tanto, una cosa muy sencilla [...]

La voluntad de Dios es un aspecto de nuestra espiritualidad, uno de los pilares sobre los que se apoya y en torno al cual gravita el crecimiento espiritual de todo miembro del Movimiento.

Para introducirnos en un tema tan importante, el Señor, desde el comienzo de nuestra historia, no ha escatimado luces. Es más, ha impulsado circunstancias especiales y nos ha sugerido ejemplos sencillos pero eficaces.

Para poder ser clara a la hora de exponer este tema, será bueno que vuelva a aquellos primeros tiempos recordando las palabras de la Escritura que me parecen adecuadas también en nuestro caso: “Recordad aquellos días primeros, cuando recién iluminados...” (Heb 10, 32).

Como quizá sea ya sabido, entre las ruinas de la guerra, contemplando y constatando que cualquier cosa en el mundo puede derrumbarse, incluso lo más querido e importante, y que todo es vanidad de vanidades, nosotras, primeras focolarinas, no sin una gracia especial de Dios, nos encontramos haciendo la elección más comprometida de nuestra vida: donarnos a un ideal que no pasa, y así hacer de Dios el todo de nuestra existencia. Por lo tanto amarlo con todo el corazón, toda el alma y todas las fuerzas.

Pero, ¿cómo amarlo para que el todo no se agotara en un simple sentimiento?

La frase de Jesús “No quien dice Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre ...” (cf Mt, 7, 21) fue determinante y perfectamente esclarecedora. Podíamos amar a Dios con todo el corazón –incluso ahora, ahora- con toda el alma, con todas las fuerzas, haciendo con todo el corazón su voluntad. Yo, hablar; vosotros, escuchar.

(Aplausos)

Podíamos amar a Dios con todo el corazón haciendo su voluntad.

Hacer la voluntad de Dios, hacer, hacer la voluntad... era la expresión concreta de nuestro amor a Él.

Y así nos propusimos cumplir, desde aquel momento, no la nuestra, sino la voluntad de Dios. Tratamos de uniformar inmediatamente nuestra voluntad a la de Dios. Nuestra única voluntad era la voluntad de Dios.

En aquel tiempo, no recordamos si antes o después, una experiencia mía sirvió para sellar esta determinación nuestra. En esos primeros días, en diciembre de 1943, -hace tantos años- el Señor me había llamado a consagrarme a él en la virginidad, en la castidad. Poco después, en la Misa de medianoche, en Navidad, advertí en mi corazón que Jesús me pedía que le diera todo. Por “todo” en esa época se entendía –y yo no podía entender sino lo que los demás entendían- dar, además de la virginidad, también la obediencia, dando mi voluntad con la obediencia; dando todo lo que tenía con la pobreza, dejando a mi familia y cuanto había de bello en el mundo, para retirarme a la clausura, al convento.

Creí que Dios me pedía todo esto y dije: sí. Pero lo dije entre lágrimas y en agonía porque algo no funcionaba, en fin, había algo que se rebelaba dentro de mí.

Confiadas al confesor la circunstancia y la decisión, ésas, quizá porque sabía lo que estaba naciendo alrededor mío, me dijo decididamente: “No, ésta no es la voluntad de Dios para ti.”

En aquel momento, se distinguieron en mi mente dos conceptos que hasta entonces coincidían, que son: el que se suele denominar [...] "estado de perfección", es decir, la vida monástica, y la perfección. Comprendí que, ciertamente, había estados más o menos perfectos, pero que la perfección se alcanza sólo haciendo la voluntad de Dios. Este hecho me animó a perseguir, con mis amigas, la perfección, a alcanzar la perfección, haciendo precisamente la voluntad de Dios.

En la práctica habíamos descubierto lo que más tarde supimos que también habían descubierto muchos santos, por ejemplo san Alfonso de Ligorio, que es un especialista en la voluntad de Dios; toda su espiritualidad está centrada en la voluntad de Dios, y dice: “Toda nuestra perfección consiste en amar a nuestro amabilísimo Dios. Pero luego, toda la perfección del amar a Dios está en unir nuestra voluntad a la de Dios.”

Recuerdo que hasta entonces no había encontrado el camino para hacerme santa, no lo encontraba. Tenía como la impresión de que se alzara un muro ante mí que me impedía el acceso a la santidad. ¿Cómo encontrar una brecha? Pensaba: si para hacerse santo se trata de hacer muchas penitencias, ¡hagámoslas! Pongámonos el cilicio todo el día, flagelémonos todo el día. Si por el contrario se trata de rezar, ¡recemos! Recemos todo el día. Pero, ¿cómo se hace uno santo? No lo comprendía, no lo comprendía. Y Dios me iluminó con la circunstancia que he citado: para hacerse santo bastaba hacer la voluntad de Dios.

Y realmente fue un descubrimiento utilísimo y maravilloso. Aquí está – me dije- la vía abierta a la santidad para mí, pero no sólo para mí. Era una vía buena para todos. Esta es la cosa, ¡éste es el gran descubrimiento! Una vía buena para todos: para hombres, mujeres, cultos e incultos, intelectuales, obreros, madres, ¡para las madres! Para los consagrados, laicos, sacerdotes, obispos, ancianos, jóvenes, para el Papa, para gobernantes y ciudadanos. Una vía hecha para todos.

(Aplausos)

Y me parecía, verdaderamente me parecía que había encontrado el billete de acceso a la perfección no sólo para una élite de personas, como los que se hacen sacerdotes o se van a un monasterio, ¡sino para las masas! ¡para las masas! Éste era el gran descubrimiento.

Entonces veía delante de mí, de mi vida, de la vida de todos, como una bifurcación: en la vida se podía hacer nuestra voluntad, mísera, o la de Dios. Haciendo nuestra voluntad, nuestra suerte sería parecida a la de casi todas las personas en el mundo. Todos los días mueren muchísimos y también hay mucho dolor: lágrimas y flores. Pero luego, después de la segunda generación, ¿quién vuelve a recordarlos?

En cambio, si nos encaminábamos por la vía de la voluntad de Dios, Dios nos guiaría por senderos pensados momento tras momento por su amor, inventados por su fantasía, sugeridos por su providencia, que cuida a los individuos y a la colectividad. Él nos arrastraba hacia una maravillosa aventura que desconocíamos.

¿Y cuál sería nuestra suerte? No acabaría en el silencio, sino que quedaría para iluminar a muchos, como la vida de los santos.

Y estábamos tan convencidas de la bondad, del valor, de la utilidad, de la belleza de esta elección –la voluntad de Dios- que considerábamos extraña la actitud que asumen muchos cristianos cuando dicen que se resignan a la voluntad de Dios. Decíamos: “¿Cómo? ¿Resignarse? ¿Sólo resignarse? Más bien tendríamos que resignarnos a hacer nuestra voluntad, tan foco fructífera y tan poco constructiva.” Sin embargo, en vez de resignarse sólo en algunas circunstancias, -cuando se presentan grandes dolores, pero en general- hay que querer la voluntad de Dios, porque es lo mejor que podemos desear. No se trata de decir: “¡Debo hacer la voluntad de Dios...!” Sino: “Yo puedo hacer la voluntad de Dios.”

Con estas convicciones caían todos nuestros proyectos y nos abandonábamos completamente a Dios.

Cuando lo elegimos entre los horrores de la guerra, Él se nos había manifestado como Amor. Por lo tanto, creíamos en su amor y nos abandonábamos completamente a Él. Y este abandono no era quietismo, porque una vez conocida la voluntad de Dios la hacíamos nuestra y la cumplíamos con todo el corazón, toda el alma, todas las fuerzas, esforzándonos por ser coherentes con ella lo mejor posible, aunque muchas veces inestables, porque uno cambia, ocurren cosas no previstas.

Cuando no comprendíamos la voluntad de Dios nos comportábamos como mejor entendíamos, rogando a Dios que nos devolviera al camino adecuado si nuestra elección estaba equivocada. Y enseguida adquirimos una gran elasticidad para comprenderla.

Éramos conscientes de componer con nuestra vida, vivida de esta manera, un diseño divino del que no conocíamos nada –como ya he dicho– más que quien nos lo proponía era un Padre, y que todas las circunstancias eran expresión de su amor hacia nosotros. Él quería o permitía cualquier cosa para nuestro bien.

Viviendo así se veían a la luz muchas palabras de la Escritura, palabras de Jesús o sobre Él, que ya conocíamos pero entonces se veían a la luz. Por ejemplo, cuando Jesús dice: "Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió" (Jn 4,34), o: "He yo no he bajado del cielo para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió" (Jn 6,38). "No se haga mi voluntad, sino la tuya" (Lc 22,42). "Yo hago siempre lo que le agrada a él" (Jn 8,29). "Aquí estoy yo para hacer tu voluntad, Dios mío" (Heb 10,7).

VIDEO fine 1° parte